

Con los generales tomaron pasaje los dos embajadores, el de Francia, barón Gros, y el de Inglaterra, lord Elgin, ambos recién llegados de Europa, el primero inclinado á limitar la empresa más bien que á llevarla á su último extremo; el segundo, soñando con soberanías, conquistas y adquisiciones de territorio.

La lentitud con que llegó el material de guerra retrasó las operaciones hasta el 30 de julio, y aun entonces los progresos de los aliados fueron muy lentos; pero el 21 de agosto se pudo dar por fin el asalto á los fuertes de Taku, que eran cuatro, dos en cada orilla del río, y aunque los chinos habían levantado en ellos importantes defensas, abierto fosos y construido empalizadas, sólo opusieron resistencia en uno, cediendo por fin al empuje de los expedicionarios, quienes les hicieron gran número de muertos, así como cuatro mil prisioneros, y se apoderaron de quinientos diez y ocho cañones á costa de unas cuatrocientas bajas entre muertos, heridos y contusos.

Entonces renunciaron los chinos á la defensa del camino de Tientsin y de esta misma ciudad, en la cual entraron los aliados el 24 de agosto, siendo favorablemente acogidos por los habitantes. El gobierno de Pekín destituyó al general Sang-ko-lin sin, y envió á Tientsin un representante, el ministro Kwei-liang, para entablar negociaciones á fin de «establecer las bases de una paz eterna.» Estas negociaciones marcharon muy bien en un principio; pero en realidad lo que querían los chinos, con su doblez habitual, era ganar tiempo para atacar á los aliados con fuerzas superiores. La partida inesperada y secreta del enviado chino abrió á éstos los ojos, que emprendieron inmediatamente la marcha con ocho mil hombres desde Tientsin á Pekín, dejando en la primera de estas ciudades una fuerte guarnición; antes de llegar á Tung-chao se presentaron otros dos comisionados chinos para reanudar las interrumpidas negociaciones; mas por lo que después se vió, con la misma mala fe de costumbre. La confianza de los europeos fué causa de que cayeran en una emboscada el intérprete M. Parkes y otros varios oficiales y soldados que se llevaron prisioneros los chinos.

Éstos, envalentonados por disponer de un numeroso ejército tártaro que habían logrado reunir durante las conferencias, se prometían exterminar á los europeos; pero la disciplina, el empuje y la precisión de los aliados en los disparos y en los movimientos lograron sobre aquellas masas confusas en Tchang-kia-uang una victoria que las desconcertó, huyendo precipitadamente para tomar nuevas posiciones cerca de Tung-chao y cubrir así el camino de Pekín.

El ejército aliado prosiguió su marcha de avance hasta encontrar otra vez al enemigo. Al amanecer del 21 de septiembre los franceses levantaron su campamento, y los ingleses un poco más tarde. Los primeros debían marchar directamente sobre Palikiao; los segundos, extendiéndose por la izquierda, llegar á un puente de madera situado más arriba, atravesarle y caer sobre el enemigo cogiéndole por su flanco. Los franceses encontraron pronto los primeros exploradores chinos y los obligaron á replegarse. Entonces se desplegó ante ellos toda

la caballería tártara formando un inmenso arco de círculo. Aquellas masas enormes trataron de romper muchas veces las filas francesas, pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra la tranquila energía de la infantería que aguardaba á pie firme á sus adversarios y los acribillaba á balazos mientras la artillería les dirigía certeros disparos. Después de muchos movimientos ofensivos, los escuadrones enemigos escarmentados acabaron por desaparecer. Dueños los europeos del terreno, corrieron hacia el puente de Palikiao donde los chinos habían reunido su mejor infantería. En medio de los soldados tártaros se veían algunos altos personajes ricamente vestidos agitando banderas bordadas de oro, y que con un valor digno de mejor suerte avanzaron tres ó cuatro veces hacia el puente para animar á sus tropas á rechazar la acometida de los franceses. Uno tras otro fueron cayendo abrazados á sus banderas, mientras sus soldados, ya en parte desbandados, retrocedían más allá del canal, se diseminaban por todas partes y huían en dirección de Pekín.

Tal fué la victoria de Palikiao, que valió al general Montaubán el título de conde, y que se adquirió á costa de escasas pérdidas. En el parte que dió este general al ministro de la Guerra calculaba en cuarenta á sesenta mil el número de los enemigos, y añadía: «Todo esto es tan extraño, que para formarse idea de nuestros triunfos hay que remontarse á la más alta antigüedad y recordar las victorias constantes de unos cuantos puñados de soldados romanos sobre las hordas bárbaras.»

Nuevamente pretendieron los chinos ganar tiempo para rehacerse, enviando al campamento anglo-francés al propio hermano del emperador, el príncipe Kong, con objeto de reanudar las negociaciones; los aliados le dieron oídos en un principio, pero exigiendo que ante todo se les habían de devolver los prisioneros que los chinos se habían llevado en rehenes, exigencia á la que Kong contestó con evasivas y subterfugios que demostraban una vez más la mala fe con que en los tratos se procedía, en vista de lo cual franceses é ingleses, repuestos de municiones y de víveres y en número de nueve á diez mil hombres, prosiguieron el 5 de octubre su movimiento de avance, y sabiendo que el enemigo se había replegado hacia Yuen-nim-yuen, lugar célebre situado á pocos kilómetros al NO. de Pekín y en donde se hallaba el Palacio de verano del emperador, hacia allí se encaminaron.

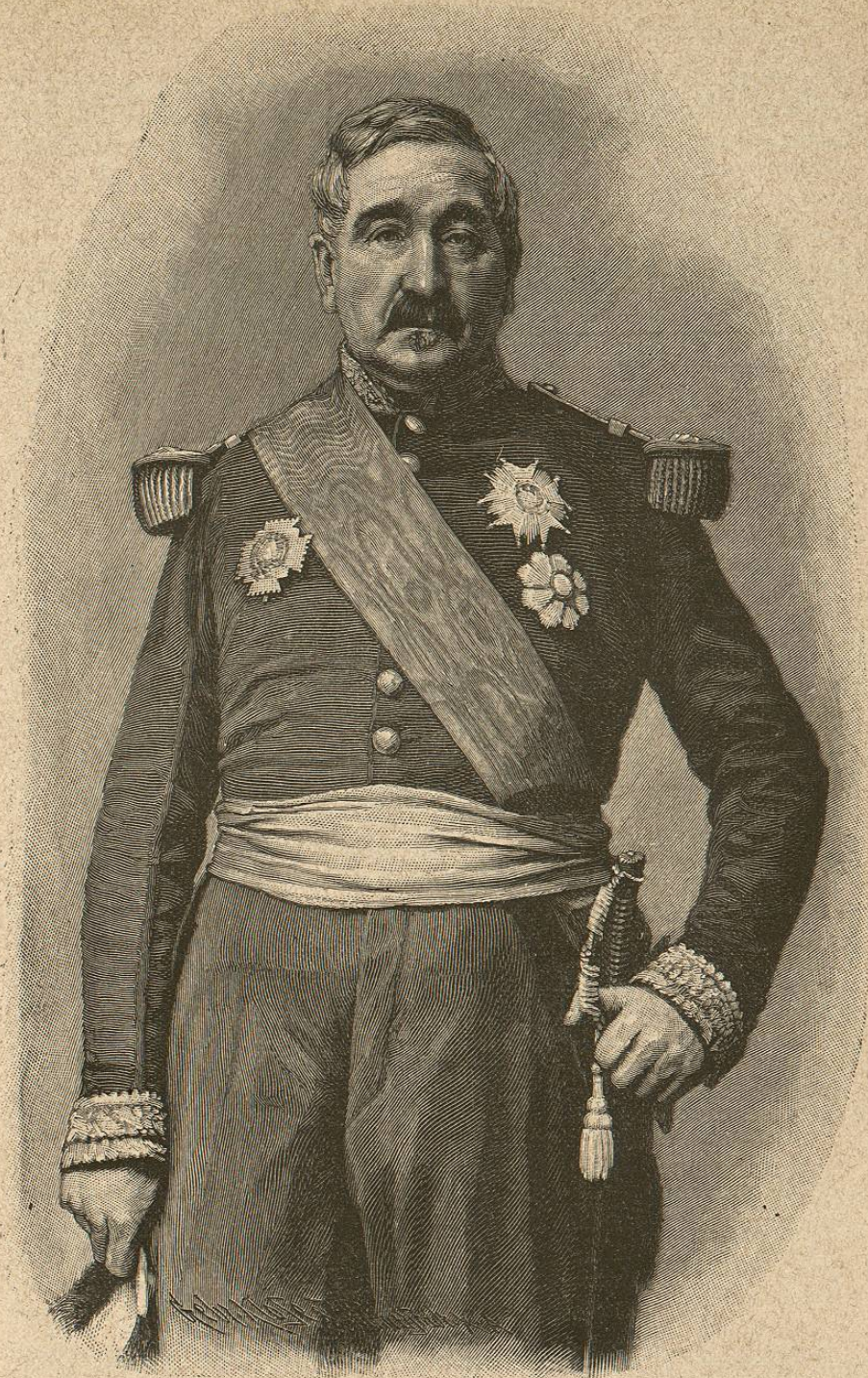
No encontraron al enemigo; en cambio disfrutaron de un espectáculo digno de las *Mil y una noches*. El llamado Palacio de verano no era en realidad un solo edificio, sino una serie de palacios de diferentes dimensiones, kioscos, pagodas, jardines, lagos, etc. Las tropas francesas penetraron allí con las mayores precauciones, temerosas de una asechanza, pero no encontraron ni un chino armado. En breve los tesoros de la suntuosa residencia atraieron las miradas con preferencia á todo. «Todos los donativos voluntarios de los súbditos agradecidos, dice P. de la Gorce en su *Historia del Segundo Imperio*, todos los rescates de los vasallos culpables, todos los presentes de los príncipes tributarios deseosos

de granjearse el favor de su señor ó de recobrarlo, todo el producto de las confiscaciones de muchos siglos, todo esto se había ido acumulando en aquel sitio desde tiempo inmemorial. Lo mismo en las salas de ceremonias que en los más íntimos rincones se aglomeraban, en montones extraordinarios, los objetos de oro y de plata, las sederías bordadas y lisas, los cristales, las porcelanas, las pedererías. La misma confusión de tantas riquezas se echaba de ver en la indiferencia con que estaban colocadas... Con frecuencia la labor del artífice ó del joyero excedía en valor al de la primera materia: candelabros, pebeteros, animales fabulosos, divinidades de oro macizo, todo estaba esculpido, labrado, cincelado con un arte tan refinado que causaba estupor más bien que admiración; eran caprichos, á la vez prodigiosos y pueriles...» A las pocas horas los exploradores del palacio regresaron al campamento deslumbrados y haciéndose lenguas de tantas maravillas como habían visto.

Esto excitó la codicia del ejército aliado; pero el general Montaubán organizó un servicio de vigilancia para que nadie pudiera penetrar en el palacio sin un pase. En los primeros momentos prevalecieron las reglas de la disciplina y los generales francés é inglés pudieron retirar de aquel recinto los objetos más preciosos para sus respectivos monarcas; luego sacaron otros para sí y para los jefes principales, reservándose los lingotes de oro y plata para distribuir su valor entre el ejército. Pero á los soldados no les bastaba esto; juzgaban propias tantas magnificencias como adquiridas á costa de su sangre y de sus fatigas: faltaba sólo un pretexto para entregarse al saqueo del Palacio de verano, y el pretexto se encontró. Circuló el rumor de que los chinos de las cercanías habían invadido el parque, aplicado escalas á los muros del palacio y comenzado el pillaje por su propia cuenta. Entonces ya no fué posible contener á los soldados, que invadieron por todas partes la residencia imperial y se apoderaron de cuantas riquezas encontraron á mano, saliendo todos literalmente cargados de valioso botín. Era tal la abundancia de éste, que los tenía perplejos y á veces vacilaban y arrojaban los objetos de que se habían ya apoderado para acudir en busca de otros que les parecían mejores.

Si en aquellos momentos el ejército chino hubiera tenido mejor organización, fácil hubiera sido sorprender á los aliados y destruirlos por completo, tan desbandados estaban; pero las tropas tártaras habían desaparecido, y los europeos, hartos ya de saqueo, deseosos de rescatar á los prisioneros y de terminar la campaña de una vez con un golpe atrevido, se pusieron en marcha sobre Pekín, ante cuyos muros llegaron el 12 de octubre, intimando á sus autoridades la entrega de la ciudad. Los chinos accedieron á que dos fuertes destacamentos sacados de los ejércitos francés é inglés ocuparan una de las puertas de la ciudad, mientras se ajustaba definitivamente la paz; mas con su falacia habitual comenzaron á dar largas al asunto, dando justificados motivos para recelar alguna superchería por su parte.

Entonces el embajador inglés lord Elgin, que desde el principio de la cam-



EL GENERAL MONTAUBÁN, CONDE DE PALIKIAO

paña venía protestando contra la política de mesura y consideraciones que aconsejaba el embajador francés barón Gros, juzgó necesario amedrentar al príncipe Kong y demás autoridades chinas con un violento golpe de audacia, con tanto mayor motivo cuanto que se adquirieron pruebas de que algunos de los prisioneros habían sido bárbaramente inmolados. En su consecuencia dió orden á sus tropas de entregar á las llamas todos los edificios que componían el Palacio de verano, junto con las magnificencias que no se habían podido llevar los soldados, orden que se cumplió con rigurosa exactitud, y en la tarde del 18 de octubre todas aquellas maravillas fueron consumidas por un voraz incendio.

El resultado de esta asoladora determinación justificó la idea que la había aconsejado. Desde aquel momento las negociaciones para la paz se hicieron rápidamente, y quedó firmada en Pekín el 25 de octubre de 1860 por el príncipe Kong, lord Elgin y el barón Gros. En el tratado de paz quedaron confirmadas las concesiones del celebrado en Tientsin el 27 de junio de 1858 y se añadieron otros artículos contenidos en un acta separada. En ellos se estipulaba la completa igualdad de relaciones entre el Celeste Imperio y las demás potencias europeas, se abrían otros seis puertos al comercio, se establecía la protección de los súbditos ingleses y franceses que quisieran habitar en China, se autorizaba el libre ejercicio de la religión católica y la propaganda de los misioneros y se prometía una indemnización de guerra de ocho millones de tael.

Firmada la paz, las tropas francesas comenzaron su movimiento de retirada el 1.º de noviembre, y las inglesas cinco días después. Al cabo de algunos meses desembarcaron las primeras en Marsella, donde se las hizo excelente acogida; pero fuerza es confesar que el resultado de esta campaña no entusiasmó en general al público francés, tal vez por haberse realizado á tan inmensa distancia y no haber podido sentir la impresión inmediata de sus peripecias, tal vez, y esta era la razón más evidente, porque se recelaba que el principal provecho de ella fuese para la Gran Bretaña.

IV

LAS ANEXIONES ITALIANAS

Los preliminares de la paz de Villafranca habían quedado sin entero cumplimiento, á pesar de haber sido ratificados en 10 de noviembre de 1859 por la paz definitiva hecha en las conferencias de Zurich. Por una parte, Napoleón III trataba de desligarse honrosamente de los compromisos contraídos, hallando facilidades para ello en la actitud de Inglaterra, la cual proponía, entre otras cosas, que Francia y Austria no intervinieran en adelante en los asuntos interiores de Italia, á menos de contar con el asenso unánime de las demás potencias. Por otra parte, aunque el gobierno piemontés llamó á los comisarios que habían gobernado durante la guerra los países sublevados, no hizo gran oposición á que algunos, como Farini en Módena y Parma, y Ricasoli en Toscana, se erigieran en dictadores para preparar la anexión al Piamonte. Por último, el nombramiento de Thouvenel en reemplazo de Walewski como ministro de Negocios extranjeros de Francia y la vuelta de Cavour al poder acabaron de precipitar los sucesos que se desarrollaron en 1860 en toda Italia.

En todas las provincias del Centro y Norte de esta península se había trabajado con afán para conseguir de la población su decidida resolución de agregarse á la monarquía piemontesa y de organizar la defensa contra un probable ataque de las dinastías expulsadas, y en el tomo anterior dejamos consignado que Toscana, en donde el partido autonomista había menguado mucho, eligió una asamblea nacional que el 20 de agosto de 1859 votó la definitiva expulsión de los príncipes de la dinastía lorenesa y la anexión del país al Piamonte. La asamblea nacional de Módena decretó el mismo día la exclusión de la casa de Lorena y al siguiente declaró por unanimidad la unión del país con los demás dominios de la casa de Saboya. En Parma se había decidido ya por un plebiscito, por sesenta y tres mil votos contra quinientos, el destronamiento de la casa de Borbón y la anexión al Piamonte, decisión confirmada en 14 de septiembre por la asamblea nacional, y una semana antes habían tomado igual resolución los habitantes de las Romañas.

Para apoyar estas decisiones, organizáronse militarmente dichos países, y Ricasoli, que mandaba en Toscana, llamó el contingente de este ducado que formaba parte del ejército piemontés en Lombardía, confiando su mando á Garibaldi: Toscana y Módena firmaron una alianza militar, en la que entraron lue-